

TK, nuestro boletín cuyo primer número presentamos, nace con la vocación de ser foro para el debate y la reflexión compartida. TK o «Teka», con resonancias de sufijo globalizador que pretende ser expresión gráfica de todos los soportes que se contendrán en las mediatecas del futuro, quiere también acoger en su seno todas las opiniones, por muy divergentes que sean, porque no buscamos unanimidades a ultranza, sino un avance teórico mediante el análisis riguroso de cualquier planteamiento.

Por ello, este nuestro primer saludo quiere ser también una invitación expresa a participar en este proyecto, no sólo al profesional, sino a cualquier apasionado de la lectura, del libro y de las bibliotecas. Nuestra filosofía no supondrá una barrera infranqueable para esta participación ya que se asienta en el principio, por lo demás evidente, de que lo único inmutable es la permanente evolución de la sociedad y, por ende, de sus necesidades y exigencias. En consonancia con este principio, nuestra actitud como bibliotecarios no puede ser otra más que la del constante esfuerzo de adaptación para dar respuesta con nuestro trabajo a las nuevas demandas sociales; quizá hasta alcancemos el sobresaliente si nuestra capacidad de alerta nos permite adelantarnos a ellas.

S.



6

De la imagen del bibliotecario y de una biblioteca imaginaria

Jesús ARANA PALACIOS *

INCLUSO en países con una larga y fecunda tradición bibliotecaria, como Estados Unidos, se ha hecho a veces un retrato feroz de las personas que trabajan en las bibliotecas. Trabajar en una biblioteca era, en el mejor de los casos, una alternativa al matrimonio y, en ocasiones, una clara alternativa a la clínica psiquiátrica. El retrato que hace Frank Capra de una bibliotecaria al final de «¡Qué bello es vivir!» es despiadado. Recordemos: al protagonista de la película, a punto de suicidarse, le dan la posibilidad de contemplar cómo hubiera sido el mundo sin él. Realmente llega a comprender que todo –su familia, sus amigos, su ciudad– habría sido peor si él no hubiera llegado a nacer. Pero la puntilla, el detalle que le hace abrazarse a la vida como a un clavo ardiendo es ver que, sin él, su adorable mujercita habría sido un solterona, amargada, mal vestida y... bibliotecaria. Y por ahí no pasa. Aunque seguramente lo que el ingenuo (?) director quería dar a entender era que, en general, las mujeres son mucho más felices si no son otra cosa que madres y amas de casa. Pero eso es otra historia.

Y con ser despiadado el retrato de Capra, no pasa de ser simplemente anecdótico porque para envolver el mensaje que estaba tratando de hacer llegar al espectador, igual le hubiera ser-

* De la Biblioteca Pública de Barañain.

vido una secretaria o una enfermera. Mucho más revelador es el retrato, también cruel, que hace George Cukor de una bibliotecaria en «Historias de Filadelfia». Es un momento tan sólo, pero para nosotros es mucho más importante porque nos hace comprender con esa breve pincelada que las personas que trabajan en las bibliotecas son, por lo menos, extravagantes. James Stewart interpreta el papel de un paparazzi y tiene que escribir un reportaje sobre la boda de Katherine Hepburn, una rica heredera en la película. Para informarse sobre la familia de la novia, James Stewart se ve en la obligación de visitar la biblioteca local, un rasgo de inteligencia que cuesta imaginar en una película española. Hasta ahí perfecto: lo malo empieza después, cuando se le acerca la bibliotecaria. Porque la bibliotecaria no habla como las personas normales, no dice «¿qué desea usted?» o, de una manera menos respetuosa, pero igualmente comprensible: «¿qué deseas?». Al fin y al cabo James Stewart está jovencísimo en la película. No, lo que la bibliotecaria utiliza es una fórmula arcaica, obsoleta. Dice «¿Qué deseáis?», un tratamiento que nos remite, como mínimo, a las películas históricas, a las de los caballeros de la Edad Media o incluso a las películas de romanos. Con esa anacrónica utilización del plural mayestático, la imagen que Cukor nos transmite de la bibliotecaria es la de un ser sin ningún contacto con la realidad, una persona que, no se sabe bien en qué época está viviendo, pero desde luego no en el presente. La réplica de James Stewart, es graciosa porque, igual que se hace con los locos de atar, opta por darle la razón, y en vez de sorprenderse o de salir corriendo, lo que hace es darle con mucha seriedad el mismo tratamiento: «¿Tenéis un lavabo?». Este es el secreto de los grandes humoristas: poner el dedo en la llaga incluso con el comentario en apariencia más inofensivo.

Paul Auster, que está considerado por muchos críticos como uno de los mejores novelistas norteamericanos actuales, incide en la misma idea de un paisaje en «El palacio de la luna». Cuando el inadaptable, Phileas Fogg, después de una vida de muchos avatares decide sentar la cabeza, no se le ocurre nada mejor que pedir una beca en la escuela de biblioteconomía. Su tío le comenta: «Me cuesta imaginarte como bibliotecario, Fogg». A lo que él responde: «Reconozco que se hace raro, pero creo que puede ser adecuado para mí. Después de todo las bibliotecas no están en el mundo. Son sitios aparte, santuarios de pensamiento puro. De ese modo podré seguir viviendo en la luna el resto de mi vida».

Los ejemplos podrían multiplicarse fácilmente. No merece la pena, sin embargo, tratar de sacar conclusiones de unos pocos comentarios entresacados al azar. Ya sabemos que la figura del bibliotecario no despierta grandes pasiones; que casi ningún niño, cuando le preguntan esa cosa un poco estúpida de qué van a ser de mayores, contestaría que bibliotecario. Y, sin embargo, a casi todos los bibliotecarios, les encanta su trabajo y sueñan con trabajar en hermosas bibliotecas llenas de gente que se sienta cómoda, gente que valore su trabajo y sepa amar los libros. Quizá algún día los ciudadanos lleguen a comprender la clara vocación de servir a la comunidad que anima a muchos bibliotecarios y se aprovechen de ella; quizá comprendan también que las bibliotecas pueden ser más modernas, más plurales y, seguramente mucho más democráticas también, que los medios de comunicación social. Más costoso en esfuerzo personal también, por supuesto: pero si alguien quiere entender el mundo en que vivimos con un espíritu crítico es más probable que encuentre opiniones inconformistas en las estanterías de cualquier biblioteca que en los programas de la radio o de la televisión.

Mientras esto llegue a ocurrir, el aislamiento que denunciaban las citas de Paul Auster y de la película de Cukor sigue siendo, efectivamente, el enemigo por antonomasia de las bibliotecas. Por eso cualquier asociación, como la nuestra, que quiera hacer algo por las bibliotecas debe empezar por luchar con todos los medios a su alcance contra el aislamiento profesional, un peligro acuciante cuando nos vemos obligados, como ocurre a menudo, a trabajar solos; contra el aislamiento institucional, impidiendo que las autoridades se desentiendan de servicios que erróneamente consideran más como un lujo que como una necesidad; y, sobre todo, contra el aislamiento social. Una biblioteca puede estar insuficientemente dotada, mal organizada, no disponer de un espacio lo bastante grande o no estar abierta un tiempo lo bastante largo para atender al público debidamente: mientras los usuarios sigan acudiendo a ella estará viva. Por el contrario, una biblioteca que reúna las mejores condiciones en cuanto a fondos, organización, locales y personal, pero a la que la gente, por la razón que sea, le ha vuelto la espalda, no hará otra cosa que languidecer en el olvido.

A. P.



8

El bibliotecario y los valores

UIS PUENTE LANZAROTE

QUERIDO colega: de tu comprensión espero que me permitas aprovechar la ocasión para hacer un ejercicio algo más personal que la mera presentación de nuestra asociación bibliotecaria y de éste su boletín que ante tus ojos nace. Estoy seguro de que habrás encontrado ya o encontrarás una presentación sobradamente elocuente, sea en las notas de mis dos compañeros, Jesús Arana y Juana Iturralde, sea en las actividades públicas que la todavía jovenísima asociación ya ha realizado, sea, en fin, en tu lectura del resto de esta primera entrega de TK. El tono de las líneas que siguen podría hacerte pensar en una arenga, y si es así te pido disculpas. Sólo son el resultado de una meditación, bastante alejada de lo estrictamente biblioteconómico, sobre cómo creo yo que debemos ser los bibliotecarios en una época como la que nos ha tocado vivir. Como sabes, en lo que se refiere a nuestra profesión, estos años han visto nacer los estudios de Biblioteconomía y Documentación en muchas universidades españolas. La mayoría de nosotros no posee ese título y, probablemente, no llegue a tenerlo nunca. Sin embargo, creo que es mucho lo que podemos hacer por el mundo bibliotecario si, además de procurarnos una buena formación técnica —lo que tantas veces supone vencer grandes dificultades, que espero que las asociaciones profesionales remuevan parcialmente—, nos molestamos en estar al día, en lo posible, en las más diversas cuestiones no técnicas que pueden hacer que